

A woman with blonde hair tied back, wearing a bright yellow long-sleeved top and a pearl bracelet, stands in a lush garden. She is holding a wicker basket filled with various flowers, including pink roses, yellow flowers, and purple salvia. The background is a soft-focus garden with green foliage and pink flowers.

EL JARDÍN DE

Leota



una novela

FRANCINE
RIVERS

AUTORA DE ÉXITO DEL NEW YORK TIMES

EL JARDÍN DE LEOTA

EL JARDÍN DE

Leota



FRANCINE
RIVERS



Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en línea: tyndaleespanol.com y BibliaNTV.com.

Visite a Francine Rivers en línea: francinerivers.autortyndale.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries.

El jardín de Leota © 2021 por Francine Rivers. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2013 como *Leota's Garden* por Tyndale House Publishers, Inc. con ISBN 978-1-4143-7065-1.

Fotografía de la portada © por Stephen Vosloo por Tyndale House Publishers. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora © por Elaina Burdo. Todos los derechos reservados.

Diseño: Alberto C. Navata Jr.

Edición en inglés: Karen M. Ball

Traducción al español: Patricia Cabral

Edición en español: Keila Ochoa

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El jardín de Leota es una obra de ficción. Donde aparecen personas, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales, son usados de manera ficticia. Todos los otros elementos de la novela son producto de la imaginación de la autora.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

A catalog record for this book is available from the Library of Congress.

ISBN 978-1-4964-4584-1

Impreso en Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

27 26 25 24 23 22 21
7 6 5 4 3 2 1

Dedicado a mis abuelas, mujeres de fortaleza y fe...

Martha Wulff

Margaret Eleanor King

Anna Toresia Johnson

Agradecimientos



Ningún libro se ha escrito jamás sin la ayuda de muchas personas. Me gustaría agradecer a:

May Sandine por compartir sus recuerdos;

Jim Ruppert y Cyndi Perez del Exchange Bank de Windsor, por responder con paciencia a mis preguntas sobre operaciones bancarias;

Tim Moore y su asistente, Dianne Moore, de Edward D. Jones, en Sebastopol, por la información sobre el mercado de valores;

Rosie Sanchez Wagner de la firma Fred Young y Directores de Funeraria, por responder algunas preguntas sobre temas delicados;

Patricia Rushford por compartir sus conocimientos y experiencia en la asistencia domiciliaria de ancianos. Su libro *Caring for Your Elderly Parents* (Cuidando a sus padres ancianos) fue inestimable;

y a Karen Ball por alentarme durante la edición.

CAPÍTULO I



EL CORAZÓN DE CORBAN SOLSEK dio un vuelco y se le hizo un nudo en el estómago cuando vio la B en su propuesta de Sociología. La conmoción fue tal, que el calor subió impetuosamente a su rostro, para después retroceder con una fría sensación de ira. ¡Había trabajado mucho para bosquejar el proyecto del trimestre! Había revisado la información y las fuentes que tenía, había repasado los métodos bajo los cuales planeaba exponer sus ideas y había propuesto un programa. ¡Debería haber recibido una A! *¿Qué había pasado?* Abrió la carpeta, le echó un vistazo a las páginas perfectamente mecanografiadas y buscó correcciones y comentarios; cualquier cosa que le diera un indicio del porqué no había recibido la nota que él sabía que merecía.

Ni una marca en rojo en ninguna parte. Ningún comentario. Nada.

Ardiendo a fuego lento, Corban abrió bruscamente su cuaderno, escribió la fecha y trató de concentrarse en la clase. El profesor Webster lo miró fijamente varias veces, directamente a él, individualizándolo de entre los otros ciento veinte alumnos que ocupaban las gradas con pupitres. En cada ocasión, Corban se quedó mirándolo unos segundos, antes de bajar la vista y seguir tomando notas. Tenía un gran respeto por el profesor Webster, por lo que le era más difícil aceptar la nota.

Esto lo voy a objetar. No tengo por qué aceptar la nota sin antes pelear. No era una *buena* propuesta. Era *excelente*. Él no era un estudiante mediocre. Se comprometía con toda el alma y el corazón en su trabajo y quería tener la certeza de que estaba recibiendo un trato justo. ¿No era eso lo que su padre le había inculcado?

«Tienes que luchar por ti mismo, Cory. No dejes que nadie te trate mal. Si te dan una patada, tú se la devuelves más fuerte. Derríbalos y asegúrate de que no vuelvan a levantarse. No eduqué a mi hijo para que le aguante tonterías a nadie».

Su padre había llegado a lo más alto de una empresa transportista por su arduo trabajo y su férrea determinación. Había pasado por todos los puestos: de camionero a mecánico, de ventas a administración y a gerente general y, finalmente, a ser uno de los dueños de la empresa. Estaba orgulloso de sus logros; sin embargo, se avergonzaba de su falta de educación formal. Nunca pasó del segundo año de la preparatoria. Tuvo que abandonarla para mantener a su madre y a sus hermanos menores después de que su padre muriera de un ataque cardíaco. El mismo tipo de ataque cardíaco que lo mató a él un año después de jubilarse, dejando una viuda rica y dos hijos y una hija con un sustancioso fondo fiduciario.

«Concéntrate en tu objetivo», le decía siempre su padre. «Ve a una buena universidad. A la mejor, si es posible. Aguanta hasta terminarla. No dejes que nada ni nadie se interponga en tu camino. Consígúete un diploma de una universidad de renombre y ya estarás a la mitad de la escalera del éxito antes de tener tu primer empleo».

Corban no aceptaría esta calificación de ninguna manera. Había trabajado demasiado. No era justo.

—¿Tiene algo que decir, señor Solsek? —El profesor Webster lo miraba fijamente desde su podio.

Corban oyó que varios alumnos se reían en voz baja. Se escuchó un crujir de papeles y el rechinar de los pupitres cuando otros voltearon para mirarlo donde estaba sentado, a la mitad de la hilera central.

—¿Disculpe, señor?

—Su lápiz, señor Solsek —dijo el profesor, con las cejas levantadas—. Esta no es una clase de instrumentos de percusión.

El rostro de Corban enrojeció súbitamente cuando se dio cuenta

de que había estado golpeteando su lápiz mientras los pensamientos se precipitaban en su mente.

—Disculpe. —Le dio vuelta a la posición adecuada para escribir y dirigió una mirada reprobadora a dos alumnos que hablaban sin parar. Por cierto, ¿cómo habían logrado llegar a Berkley esos dos cabezas huecas?

—¿Estamos listos para continuar, entonces, señor Solsek? —El profesor volvió a mirarlo con una leve sonrisa.

La vergüenza se transformó en ira. *El imbécil lo está disfrutando.* Ahora, Corban tenía dos motivos para sentirse indignado: la nota injusta y la humillación pública.

—Sí, señor, cuando usted lo esté. —Forzó una sonrisa seca y fingió un desdén relajado.

Al final de la clase, a Corban le dolía el músculo de la mandíbula por la tensión. Sentía como si tuviera un elefante de dos mil kilos sentado sobre su pecho. Se tomó su tiempo para meter el cuaderno en la mochila ya atestada por los libros y dos carpetas. Afortunadamente, los otros alumnos desalojaron el aula magna rápidamente. Solamente dos o tres se detuvieron para hacerle algún comentario al profesor Webster, que ahora estaba borrando el pizarrón. Corban bajó los escalones hacia el podio llevando la carpeta del informe en la mano.

El profesor Webster apiló sus apuntes y los metió en una carpeta.

—¿Tiene alguna pregunta, señor Solsek? —dijo, poniendo la carpeta en su maletín y cerrándolo con un chasquido. Miró a Corban con esos ojos oscuros y astutos.

—Sí, señor. —Le entregó su informe—. Trabajé mucho en esto.

—Se notó.

—No hubo una sola corrección.

—No fue necesario. Lo que tiene ahí está muy bien expuesto.

—Entonces, ¿por qué una B y no una A?

El profesor Webster apoyó una mano sobre el maletín.

—Usted tiene el potencial para un excelente ensayo trimestral, señor Solsek, pero le falta el ingrediente principal.

¿Cómo podía ser? Tanto él como Ruth habían revisado el ensayo antes de entregarlo. Había incluido todo.

—¿Señor?

—El factor humano.

—¿Disculpe?

—El factor humano, señor Solsek.

—Lo escuché, señor. Es que no entiendo a qué se refiere. Todo el ensayo está *centrado* en el factor humano.

—¿En serio?

Corban reprimió su ira al escuchar el tono sarcástico de Webster. Se obligó a hablar con más calma.

—¿Cómo propondría usted que fuera más evidente, señor? —Quería una A en esta asignatura; no aceptaría menos que eso. Sociología era su especialidad. Había mantenido el promedio más alto en sus notas durante tres años. No iba a romper ahora ese historial perfecto.

—Un estudio de caso ayudaría.

Corban se puso rojo de ira. Era obvio que el profesor no había leído su ensayo con la suficiente atención.

—Yo incorporé estudios de casos. Aquí, en la página cinco. Y hay más aquí. Página ocho. —Había respaldado todo lo propuesto con estudios de casos. ¿De qué estaba hablando el profesor Webster?

—Recopilados de diversos libros. Sí, lo sé. Leí la documentación, señor Solsek. Lo que falta es un contacto *personal* con quienes podrían resultar más afectados por los programas que propone.

—¿Se refiere a que encueste a gente en la calle? —No pudo evitar el tono despectivo que se coló en su voz. ¿Cuánto tiempo tardaría en desarrollar el cuestionario adecuado? ¿Cuántos cientos de personas tendría que contactar para que lo respondieran? ¿No era eso trabajo para una tesis? No estaba en la escuela de posgrado. Todavía no.

—No, señor Solsek. Me gustaría verlo desarrollar su propio estudio de caso. Con uno bastaría.

—¿Solo uno, señor? Pero eso...

—Uno, señor Solsek. No tendrá tiempo para más. Agregue el factor humano y conseguirá la A que ambiciona. Estoy seguro de ello.

Corban no estaba del todo seguro de adónde quería llegar el profesor, pero pudo percibir un trasfondo de desaprobación. ¿Sería porque sus personalidades chocaban? ¿Acaso eran ofensivas sus ideas? ¿Cómo podía ser? Si los programas que él proponía se pusieran en práctica alguna vez, resolverían muchísimos de los problemas actuales que tenían los sistemas gubernamentales.

—¿Tiene alguien en su familia que cuadre con el estilo de vida de la situación hipotética que ha presentado, señor Solsek?

—No, señor. —Toda su familia vivía en Connecticut y al norte del estado de Nueva York, demasiado lejos para hacer la cantidad de entrevistas que necesitaba para un ensayo. Además, su familia tenía dinero. Su padre había roto la cadena de mediocridad de la clase media. El ensayo de Corban se enfocaba en una población con dificultades económicas. Nadie de su familia dependía del Seguro Social para sobrevivir. Pensó en su madre, que vivía una parte del año en Suiza con su nuevo marido, un agente de inversiones.

—Bueno, eso plantea un problema, ¿no es así, señor Solsek? —El profesor levantó su maletín de la mesa—. No obstante, estoy seguro de que lo resolverá.



—Deja de quejarte, Cory —dijo Ruth esa tarde en el departamento alquilado que compartían a pocas cuadras de la avenida Universitaria—. Es simple: si quieres una A, haz lo que el profesor Webster quiere que hagas. No te está pidiendo que hagas algo terrible. —Pasándose los dedos por su lacio y corto cabello negro, abrió un gabinete de la pequeña cocina—. ¿Otra vez nos quedamos sin filtros para el café?

—No, hay muchos. Busca en el gabinete junto al fregadero.

—Yo no los puse ahí —dijo ella y cerró la puerta del gabinete donde había estado buscando.

—Yo lo hice. Me pareció más lógico. La cafetera está justo debajo del enchufe. También cambié de lugar las tazas. Están en el estante encima del café y de los filtros.

Ruth suspiró.

—Si me hubiera dado cuenta de lo complicado que eras, lo habría pensado dos veces antes de mudarme a vivir contigo. —Sacó del gabinete una lata de café y un paquete de filtros.

—Un estudio de caso. —Corban golpeteaba con su lápiz—. Es lo único que necesito.

—Una mujer.

—¿Por qué una mujer? —dijo él, frunciendo el ceño.

—Porque las mujeres están más dispuestas a hablar, por eso. —Hizo un gesto—. Y nunca les cuentas a mis amigas «defensoras» que yo dije eso.

—Entonces, que sea una mujer. Está bien. ¿Qué mujer?

—Alguien con quien puedas desarrollar cierta confianza —dijo

Ruth, volcando la quinta cucharada colmada de café tostado francés en el recipiente.

—No necesito que se vuelva algo personal.

—Claro que sí. ¿Cómo supones que conseguirás la clase de respuestas que quieres si no te haces amigo de tu sujeto?

—No tengo tiempo para desarrollar una amistad, Ruth.

—No tiene que ser *para toda la vida*, ¿sabes? Apenas lo suficiente para que termines tu ensayo.

—Tengo unos pocos meses. Eso es todo. Lo único que necesito es alguien que cumpla con mi criterio de selección y esté dispuesto a cooperar.

—Ah, estoy segura de que *eso* va a impresionar al profesor Webster.

—Entonces, ¿qué propones?

—Es simple: ofrece un incentivo.

—¿Te refieres a dinero?

—No, no dinero. No seas tan lerdo, Cory.

Él se enojaba cuando le hablaba de esa manera condescendiente. Volvió a golpetear con su lápiz y no dijo nada más. Ella se dio vuelta para mirarlo y frunció levemente el ceño.

—No te enojas tanto, Cory. Lo único que tienes que hacer es ofrecer servicios a cambio de información.

Él dejó escapar una carcajada desdeñosa.

—Seguro. ¿Qué clase de servicios podría ofrecer?

Ella miró hacia arriba, fastidiada.

—Odio cuando estás en este estado de ánimo. No puedes ser tan perfeccionista en este mundo. ¡Madre mía! Simplemente, usa tu imaginación. Porque tienes imaginación, ¿verdad?

Su tono de voz le resultó irritante. Se recostó contra el respaldo de su silla y empujó a un costado de la mesa su propuesta, deseando haber tomado un camino distinto en su proyecto. La posibilidad de tener que hablar con gente lo ponía nervioso, aunque no pensaba confesarle eso a Ruth. Ella estaba estudiando dos licenciaturas a la vez, mercadotecnia y telecomunicaciones. Podía hablar con cualquiera, en cualquier momento y sobre cualquier tema. Desde luego, también la ayudaba que tenía una memoria fotográfica.

—Deja de preocuparte por el tema. —Ruth sacudió la cabeza

mientras se servía una taza de café negro—. Ve al supermercado y ayuda a alguna ancianita a llevar las compras a su casa.

—Con la suerte que tengo, pensará que soy un asaltante que quiere su cartera. —Levantó su lápiz y comenzó a golpetearlo nerviosamente—. Será mejor que pase por alguna organización comunitaria.

—Ahí lo tienes. Encontraste una solución. —Se inclinó para besarlo en la boca, le quitó el lápiz y se lo puso detrás de la oreja mientras se erguía—. Sabía que lo resolverías.

—¿Qué hay de la cena? —dijo cuando ella se apartó—. Esta noche te toca cocinar a ti.

—Ay, Cory. *No puedo*. Disculpa, pero ya sabes cuánto tardo en preparar una comida. Si la preparo, debo hacerlo bien, y tengo que leer doscientas páginas y revisar algunos materiales antes del examen de mañana.

Ni más ni menos que lo que él tenía que hacer la mayoría de las noches.

Se detuvo en la puerta y, apoyándose contra el marco, le regaló una sonrisa encantadora. El cabello oscuro enmarcaba su perfecto rostro ovalado. Sus ojos castaños eran igual de hermosos y su sonrisa era de las que atraían a los anunciantes de pasta dental en los avisos publicitarios. Su piel era perfecta, como la de una dama inglesa. Por no hablar del resto de su cuerpo, del cuello hacia abajo. Ruth Coldwell venía en un paquete muy lindo y era muy inteligente, por no decir ambiciosa.

Una cita fue todo lo que le tomó a Corban para saber que era compatible con él. Aún más después de la segunda cita y la noche apasionada que tuvieron en el departamento de él. Lo volvió loco y llevó sus hormonas a un estado frenético. Un mes después de su primera cita, le costaba concentrarse en su trabajo y se preguntaba qué iba a hacer al respecto. Luego, la providencia le sonrió. Mientras tomaban un café, Ruth se desahogó con él y le confesó sus problemas de dinero. Llorando, dijo que no sabía de dónde sacaría el dinero para finalizar el semestre. Corban propuso que se fuera a vivir con él.

—¿De verdad? —Sus hermosos ojos castaños relucieron con lágrimas—. ¿Lo dices en serio? —Lo hizo sentir como un príncipe azul al rescate de su dama en apuros. El dinero no era un problema para él.

—Claro.

—No sé...

—¿Por qué no? —Una vez que Corban se decidía por algo, solo era cuestión de encontrar la mejor manera de lograr su objetivo.

—Porque no hace tanto que nos conocemos —dijo ella, preocupada.

—¿Qué es lo que no sabes de mí que necesitas saber?

—Ay, Cory. Siento como si te conociera de toda la vida, pero es un paso importante.

—No creo que eso cambie mucho las cosas. Hoy por hoy, pasamos juntos cada minuto libre que tenemos. Dormimos juntos. Ahorraríamos tiempo si viviéramos juntos.

—Esto es algo *serio*. Es como casarse. Y no estoy lista para eso. No quiero ni pensar en el matrimonio en esta etapa de mi vida. Tengo demasiadas cosas que hacer primero.

La palabra *matrimonio* lo estremeció. Él tampoco estaba listo para esa clase de compromiso.

—Sin ataduras —había dicho él con seriedad—. Compartiremos los gastos y las tareas por igual. ¿Qué te parece? —Ahora hizo una mueca al recordar haberlo dicho. Por otro lado, había dicho un montón de cosas para convencerla—. Eso reducirá los gastos de ambos. —Aunque él no tenía problemas de dinero, tuvo la precaución de no herir su orgullo.

Ella se mudó a la tarde siguiente.

Hacía seis meses que vivían juntos y, a veces, él se sorprendía cuestionándose ciertas cosas...

Ruth volvió a entrar a la cocina y se inclinó para besarlo de nuevo.

—Otra vez esa mirada... Sé que me toca cocinar a mí. Es que, a veces, no puedo evitar que las cosas sean así, Cory. La universidad es lo primero. ¿No estuvimos de acuerdo en eso? —Pasó los dedos suavemente por el cabello de su nuca. Su caricia le calentó la sangre—. ¿Por qué no pides comida china?

La última vez que ella había llamado para pedir algo, le había costado a él treinta dólares. El dinero no era lo que le molestaba. Era el principio.

—Creo que saldré a comer pizza.

Ella se enderezó e hizo una mueca.

—Como quieras —dijo y se encogió de hombros.

Sabía que a ella no le gustaba la pizza. Cada vez que él pedía una, ella comía de mala gana, poniendo una servilleta de papel debajo de la porción para que absorbiera la grasa.

—Necesito mi lápiz —dijo mientras ella se dirigía otra vez a la puerta.

—¡Qué gruñón! —Se lo quitó de atrás de la oreja y lo arrojó a la mesa. Sentado a solas en la cocina, se preguntó cómo podía estar tan loco por alguien y, al mismo tiempo, sentir que las cosas no estaban del todo bien. Algo estaba mal.

Se pasó una mano por el pelo y se levantó. En este momento no tenía tiempo para pensar en su relación con Ruth. Necesitaba resolver lo que haría con su ensayo. Tomó la guía telefónica, la puso bruscamente sobre la mesa y la abrió en las páginas amarillas. Había una larga lista de organizaciones de beneficencia que ofrecían servicios para adultos mayores. Pasó el resto de la tarde llamando y haciéndoles preguntas, hasta que dio con la única que parecía conveniente para sus propósitos.

—Es maravilloso que esté interesado en hacer un voluntariado, señor Solsek —dijo la señora al otro lado de la línea—. Tenemos muy pocos estudiantes universitarios en nuestras filas. Por supuesto, tendrá que venir a una entrevista en persona, y hay unos formularios que deberá rellenar. También tendrá que hacer un curso de orientación durante un fin de semana. ¿Tiene certificado de reanimación cardiopulmonar?

—No, señora —dijo, reprimiendo su irritación. ¿Una entrevista en persona? ¿Formularios? ¿Cursos de orientación? ¿Solo para ofrecerse como voluntario para llevar a una anciana al banco o a la tienda de comestibles?

Corban tomó nota de la información pertinente y suspiró profundamente. *¡Que lo parta un rayo por meterme en esto, profesor Webster!*



—¡No harás semejante cosa, Anne-Lynn! ¿Cómo se te ocurrió algo tan completamente ridículo? —Definitivamente, Nora estaba temblando. Justo cuando pensaba que todo era perfecto, su hija le sabotó sus planes. ¡Bueno, no lo lograría! Todo seguiría su curso, tal como había sido planeado.

—He tratado de decirte lo importante que...

—No voy a escucharte, Annie. —Nora se levantó de la mesa y cuando recogió la taza y el platito, repiquetearon, revelando su falta de control. Hizo un esfuerzo vigoroso por aquietar sus manos y llevó los trastes al fregadero de azulejos de la encimera, donde los dejó con cuidado—. Puedes llamar a Susan y decirle que has recapacitado.

—Mamá, por favor. He pensado mucho en todo esto...

—¡Dije que *no!*—Nora se negó a mirar a su hija. No quería ver lo pálida que estaba, lo suplicantes que podían ser sus ojos azules. Manipulación emocional, eso era lo que estaba haciendo. No pensaba caer en eso. Esforzándose por mantener la calma, enjuagó la taza y el platito y los puso con cuidado en el escurridor—. Irás a Wellesley. La decisión está tomada.

—Una decisión tuya, mamá. No mía.

Ante el comentario sereno, Nora cerró de un golpe la puerta del lavavajillas y, dándose vuelta, miró furiosa a su hija.

—Alguien debe tener un poco de sentido común. Por una vez en la vida, incluso tu padre estuvo de acuerdo. ¿No fue él quien dijo que el título de una universidad prestigiosa como Wellesley te abrirá las puertas?

—Dijo que ir a la California State University haría lo mismo.

—Ah, *Cal*. Solo porque él fue ahí.

—Papá dijo que quiere que haga lo que me haga feliz.

El corazón de Nora palpité fuertemente, con furia. ¡Cómo se atrevía a desarmar todo lo que ella había hecho! Por una sola vez en la vida, ¿no podía pensar en alguien más que en sí mismo? La única razón por la que él insistía en que Annie fuera a *Cal* era para mantenerla en la Costa Oeste.

—¿Él quiere lo mejor para ti y yo no? ¿Es eso lo que está insinuando? Bueno, ¡se equivoca! Amar significa querer *lo mejor* para alguien.

—Esto es lo mejor, mamá. Tengo un empleo. Podré valerme por mí misma.

—Como mesera. Ganando el sueldo mínimo. Eres tan ingenua.

—Sé que no viviré con las mismas comodidades que tengo aquí, contigo y con Fred, pero tendré mi propio departamento.

—Compartido con una *hippie*...

—... y comida y...

—¿Crees que te mandé a los mejores colegios privados para que te dediques a servir mesas? ¿Tienes idea de cuánto costó tu educación? Clases de música, danza, gimnasia, refinamiento, modelaje y los campamentos de porristas. Gasté miles de dólares, por no hablar de las miles de horas de *mi* tiempo que dediqué para criarte con lo mejor de lo mejor, para que tuvieras las oportunidades que yo *nunca* tuve. Me sacrificué por ti y por tu hermano.

—Mamá, eso no es justo...

—Tienes razón. No es justo. *No para mí*. No te irás a San Francisco a vivir como una *hippie* en ese pequeño departamento barato de Susan.

No vas a lanzar por la borda tu oportunidad de ir a Wellesley solo para cursar algunas clases de arte. Si tuvieras algún talento de verdad, ¿no crees que te habría enviado a estudiar a París?

Vio el fugaz gesto de dolor que atravesó el rostro de Annie. Bien. Mejor hacer un corte definitivo y que la realidad fuera clara. Mejor que le doliera un poco ahora, que ver a su hija lanzar por la borda todas sus oportunidades de tener un futuro brillante y próspero. Podría seguir tomando sus absurdas clases de arte como asignaturas electivas.

—Mamá, por favor, escúchame. Hace mucho tiempo que estoy orando por esto, y...

—Anne-Lynn, ¡no te atrevas a volver a hablarme de Dios! ¿Me escuchas? Lo peor que hice en mi vida fue mandarte a ese campamento de la iglesia. ¡No has sido la misma desde entonces!

Los ojos de su hija se llenaron de lágrimas, pero Nora se rehusó a flaquear. No podía, si esperaba ver a su hija superar esta encrucijada. Anne tenía que tomar el buen camino. Nora sabía que, si cedía por un instante, se perderían todas las esperanzas que había tenido para Anne.

—Te amo mucho, Anne-Lynn —dijo, adoptando un tono apaciguador—. Si no fuera así, te dejaría hacer lo que quieres. Confía en mí. Yo sé lo que te conviene. Algún día me lo agradecerás. Ahora, sube a tu cuarto y reflexiona en todas estas cosas. —Al ver que Anne abría la boca para hablar, levantó una mano—. No más palabras, por ahora. Ya me heriste lo suficiente. Ahora, por favor, haz lo que te pedí.

Anne se levantó lentamente y se quedó parada junto a la mesa, con la cabeza agachada. Nora la observó, calculando si tendría que seguir peleando para asegurarse de que Anne no desperdiciara su vida. Era una chica tan hermosa, alta como una modelo, manos perfectas para tocar el piano, sus excelentes notas bastaban para ir a cualquier universidad del país, pero sin un ápice de sentido común. Nora sintió que los ojos le ardían con unas lágrimas contenidas que no se molestó en disimular. ¿Qué cruel ironía era esta? ¿Ahora Anne quería despojarla de todos sus sueños?

—Mamá, tengo que empezar a tomar decisiones por mi cuenta.

Nora apretó los dientes, sintiendo que el abismo se ensanchaba entre ambas.

—Ya que últimamente te gusta tanto la Biblia, deberías buscar la parte en la que habla acerca de honrar a tu padre y a tu madre. Y como

tienes un padre ausente, debes honrarme a *mí*. Ahora, ve a tu cuarto antes de que realmente pierda la paciencia.

Anne se fue en silencio.

Temblando otra vez, Nora se apoyó contra la encimera de la cocina. Su corazón latía como un tambor de guerra. Nunca le había sucedido que Anne se opusiera a los planes que tenía para ella. Tal vez no debería haberse alegrado tanto de que Anne se graduara precozmente de la preparatoria. Eso le había dado tiempo de sobra para pensar en qué otras cosas podía hacer.

Un poco más tranquila, Nora suspiró. Se sentía muy orgullosa de Anne, quien con gran ilusión les contó a sus amigos que se había graduado en enero con un promedio general de 4.0, en realidad más alto que eso, con las pocas clases preuniversitarias que había cursado. Pero ¿cómo podía uno tener un promedio mejor que perfecto?

Debería haber metido a Anne a hacer algo para mantener su mente ocupada. De esa manera, no habría tenido tiempo para ir a visitar a Susan a su departamento ni de pensar en lo magnífica y emocionante que sería una vida independiente y asolada por la pobreza.

«Me mudaré con Susan...».

¡Susan Carter! Esa chica nunca lograría nada. Los Carter eran buena gente, pero no tenían clase. Tom y su trabajo como obrero, y Maryann, con su empleo mal remunerado de enfermera. Cómo se las arreglaban para alimentar y vestir a seis hijos era algo que superaba el entendimiento de Nora. Era una pena que Tom Carter nunca hubiera sido más ambicioso, como para que Maryann pudiera quedarse en casa y ocuparse de sus hijos. Su hijo, Sam, había ido a parar a la cárcel y Susan era un problema latente.

Nora entró al comedor y sacó de la vitrina de caoba una copa de cristal cortado. Regresó a la cocina, abrió el refrigerador y sacó una botella de Chablis frío. Necesitaba algo para calmar sus nervios. Llenó su copa, volvió a tapar la botella con el corcho y la guardó en su lugar antes de salir a la terraza interior. Se sentó en la reposera blanca de mimbre con sus mullidos almohadones floreados y estiró sus piernas delgadas.

Los viejos resentimientos subieron a la superficie. ¡Qué habría dado Nora por tener las oportunidades que ella estaba dándole a Annie! ¿Y su hija las valoraba? No. Como una niña malcriada, Anne-Lynn quería salirse con la suya. Quería tomar sus propias decisiones. Todavía no había dicho: «Es mi vida y quiero vivirla», pero todo era esencialmente lo mismo.

No lo permitiré. No dejaré que arruine su vida.

Tomó aire por la nariz y lo soltó lentamente para calmarse. Luego, bebió el vino. Necesitaba pensar en Annie y en qué haría si continuaba con este sueño imposible. Todavía quedaba el resto de la primavera y el verano. Anne-Lynn tenía demasiado tiempo libre. Ese era el problema. Bueno, eso se podía resolver con bastante facilidad. Nora se aseguraría de que Annie se comprometiera a hacer algo. Tanto dar tutorías en la escuela secundaria hasta junio y, luego, ayudar en los cursos de verano se vería bien en su currículum.

Le dolía la cabeza. Podía sentir que se acercaba otra migraña. Si Anne volvía a la planta baja, haría que le preparara una compresa fría. Quizás eso le dejaría en claro cuánto afectaba a su madre este estrés.

Ay, ¿por qué Anne-Lynn tenía que rebelarse ahora? ¡Que hubiera cumplido dieciocho años apenas la semana pasada no significaba que estuviera lista para manejar su vida! Susan le metía ideas en la cabeza. O el padre de Anne. Nora tenía muchas ganas de llamarlo y decirle lo que pensaba de su última interferencia. ¡Cal! La gente de clase media iba a Cal. Quizás si él hubiera sugerido Stanford...

Los últimos cuatro años habían sido maravillosos. Anne se había aplicado después de los últimos años turbulentos y emocionalmente exigentes, en los que Nora se había preguntado muchas veces si su hija huiría y viviría en la calle. Anne había destacado en todo; solo una vez le suplicó dejar las clases de ballet y de música. Pero cuando no se lo permitió, siguió adelante con las actividades que ya tenía preparadas para ella. En la escuela, estudiaba y trabajaba mucho, era popular entre los demás alumnos y recibía más que suficientes llamadas de sus admiradores masculinos. Pero Nora solo le había permitido salir con unos pocos. A fin de cuentas, no quería que Anne se casara con algún tipo común y corriente de la zona de la bahía de San Francisco.

Wellesley. Era allí donde Anne-Lynn conocería gente de calidad, donde se relacionaría con alumnos de las universidades prestigiosas y donde se casaría con una persona de la clase adecuada.

¿Por qué quería Anne-Lynn desperdiciar todo eso ahora?

«Hace mucho tiempo que estoy orando por esto...».

Esas palabras resultaban cada vez más irritantes cuando Nora las escuchaba. Bebió el resto del vino y se levantó para servirse otra copa.

Al principio, Nora no había pensado demasiado en la «conversión»

de Anne. Lo cierto es que la palabra la exasperaba. Era como una cachetada, como un insulto. ¿Qué creía la chica que era Nora, una pagana? ¿Acaso no había hecho que la familia asistiera regularmente a los servicios de la iglesia? El padre biológico de Anne había sido diácono alguna vez y, aunque Fred no tenía tiempo, ofrendaba generosamente a la iglesia. Nora frunció el ceño, enojada, pensando otra vez en el asunto. Ella había servido muchas veces en los comités femeninos, y llenado bolsas con alimentos enlatados cada vez que había una colecta de alimentos.

Y entonces, de repente, después de un campamento de verano, Anne-Lynn llega a casa y dice: «Mamá, me convertí en cristiana. Acepté a Cristo Jesús como mi Salvador y Señor en el campamento. El pastor Rick me bautizó. Soy muy feliz y quiero que tú también lo seas».

¿Ella se había *convertido* en cristiana? ¿Qué creía que era antes? ¿Una pagana?

Nora lo dejó pasar. Si bien le pareció una proclamación tonta, empezó a ver con agrado que estaban produciéndose algunos cambios en la actitud y el comportamiento de su hija. Si Anne quería atribuírselo a Jesús, estaba bien. Siempre que cesara la rebeldía y la terquedad, eso era lo único que le importaba a Nora. Anne escuchaba y hacía lo que le decían. Incluso daba las gracias, mantenía su cuarto limpio y ordenado, y se ofrecía para ayudar con las tareas del hogar. Realmente, un cambio bendito, después de varios años de arranques de mal humor preadolescente. Si Anne había regresado del campamento a casa como una jovencita dispuesta a hacer lo que le dijeran, pues bien, gracias a Dios por eso.

Solo algunas veces, Nora veía en su hija el asomo de una expresión que indicaba que estaba atrapada en una especie de lucha interna.

En los últimos años, todo había sido maravilloso. Anne se había convertido en la hija que Nora siempre había soñado. Todas las amigas de Nora la envidiaban por la hija realizada y encantadora que tenía, especialmente cuando sus propias hijas eran respondonas, experimentaban con drogas, salían con chicos a escondidas, se escapaban de la casa o quedaban embarazadas y tenían que abortar.

Anne era perfecta.

Anne era su orgullo y su deleite.

Y *no* la dejaría cometer ningún tipo de error tonto.



En su luminoso cuarto de la planta alta, Annie estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas, bajo el dosel de encaje y croché. Apretando contra su pecho un almohadón de satén rosado, trataba de contener las lágrimas que corrían por sus mejillas. ¿Por qué su madre siempre tenía que hacerla sentir tan culpable? Por más que se esforzara e hiciera las cosas lo mejor posible, nunca era suficiente. Un error, una idea fuera de tono de lo que su madre deseaba bastaban para que le recordara cuán desagradecida, rebelde, terca y tonta era. Cuando las palabras no eran suficientemente fuertes para controlarla, una migraña aparecía con mucha fuerza. Su madre probablemente estaba abajo en este momento, consintiéndose con una copa de vino blanco y una compresa fría, tendida en la reposera de la terraza interior.

Y es mi culpa, pensó Annie, sintiéndose desesperada. Cada vez que trato de independizarme, sucede esto. ¿Cuándo se terminará?

Oh, Señor, tú sabes cuánto me esfuerzo por tomar cautivo todo pensamiento y fijar los ojos en ti. Mamá sabe cómo provocarme. ¿Por qué es así? Jesús, tú sabes que he tratado de comprender a mi madre, de complacerla, pero nada es suficiente jamás. Peor aún, ya nada tenía sentido. Su madre se quejaba del dinero que había gastado en Annie, pero no le permitía conseguir un empleo ni vivir sola. *Ella es la que insiste en que vaya a Wellesley. Tú sabes cuánto cuesta eso, Señor. Yo no puedo ir mientras sienta que me impulsas a estudiar arte, pero mamá no quiere escucharme. Señor, dijo que Susan le caía bien, pero ahora está diciendo que es una hippie y que no es suficientemente buena para ser mi compañera de departamento.* ¿Cómo podía decir su madre que estaba orgullosa de los logros académicos de Anne y, al minuto siguiente, decirle que era tonta e incapaz de tomar decisiones sobre su propia vida?

«Ya que últimamente te gusta tanto la Biblia, deberías buscar la parte en la que habla de honrar a tu padre y a tu madre».

¿Honrar implicaba hacer todo lo que le dijeran, sin hacer preguntas? ¿Significaba rendirse inmediatamente? ¿Quería decir que debía renunciar a sí misma para hacer realidad los sueños de otra persona, independientemente de cuáles fueran esos sueños?

Annie sabía que si iba a Wellesley como su madre quería, los planes para su futuro no terminarían ahí. Mamá la llamaría y le preguntaría con

quién salía, si el joven tenía «potencial». Desde luego, eso quería decir que tuviera notas altas en los exámenes, calificaciones excelentes y una especialización que le garantizara una profesión económicamente próspera. Derecho. Medicina. Negocios. Su madre querría saber si el joven tenía «buenos antecedentes». Un descendiente de algún pasajero del *Mayflower*. Alguien con un buen árbol genealógico. Una persona cuyos padres fueran ricos de *toda la vida* y gozaran de un alto prestigio social.

Negó con la cabeza. Mamá podía ser de mentalidad abierta. No le molestaría que su hija saliera con un descendiente de inmigrantes, siempre y cuando su familia fuera muy respetada y reconocida.

¿Un Kennedy, quizás?

La culpa la avasalló. Estaba siendo irracional. Su madre no era *tan* mala.

¿Me estoy volviendo como ella, Señor? Cuando me despegue de su lado, ¿les haré a mis hijos lo que ella me está haciendo a mí? ¿O algún día perderé la razón y terminaré diciéndoles: «Yo no tuve ninguna libertad, así que ustedes pueden hacer lo que quieran»? Ay, Padre, perdóname, pero estoy empezando a odiarla.

Lo último que deseaba Anne era dejarse dominar por la ira y la amargura, ¡pero esto era tan frustrante! Su madre ni siquiera quería escucharla. Y la cosa no hacía más que empeorar. *Pensé que podría crecer e irme de casa, valerme por mí misma, pero es como si me tuviera atrapada en sus garras. Cuanto más forcejeo, más me lastima.*

—Dios, ayúdame... por favor.

Honar. ¿Qué significaba eso?

Tal vez si iba a Wellesley...

No, eso apenas demoraría lo inevitable. Aunque fuera a Wellesley, igual tendría que escuchar cuánto había sacrificado su madre por su futuro. Y si no iba a Wellesley, nunca dejaría de escuchar cuán ingrata había sido por la oportunidad que había desperdiciado.

Señor, estoy en un dilema sin salida. ¿Qué hago?

En cualquier dirección que Annie mirara, se sentía bloqueada. Como un ternero que huye de la manada, solo para ser alcanzado por el arriero y atrapado con un lazo. La fragua estaba encendida y el hierro ardía al rojo vivo, pero no era el nombre de Dios el que su madre quería marcar en su carne. «Propiedad de Nora Gaines», *eso* era lo que ella quería. Sin embargo, ¿se conformaría con eso?

Nada de lo que ella hacía estaba bien, a menos que lo hiciera como su madre quería. «*Vuelve al corral, Annie. Sé lo que estás destinada a ser y me aseguraré que suceda*». Pero ¿lo sabía? ¿Qué era lo que realmente quería su madre?

No sé qué hacer, Señor. Siento que Tú me llevas en una dirección, y que mamá me arrastra hacia el lado opuesto. ¿Cómo puedo desengancharme para hacer Tu voluntad sin lastimarla? ¿Por qué no puede soltarme?

Annie quería amar a su madre como debía hacerlo una hija, pero cada vez le costaba más. Apenas toleraba estar con ella en la misma habitación. Si no hubiera subido, habría explotado diciéndole palabras que luego habría lamentado. Mantuvo la cabeza agachada para que su madre no viera sus sentimientos. Se mordió la lengua porque sabía que, si se le escapaba una sola palabra, sería como incendiar un pastizal. Tuvo que apretar los puños para no levantarlos y gritarle: «¡Sal de mi vida, madre! ¡Nada te satisface jamás! Estoy harta de vivir así. ¿Por qué no te consigues tú una vida propia para que yo pueda vivir la mía?».

Las palabras incandescentes habrían salido como lava de su boca, arrasando el paisaje de la relación que tenía con su madre, y habrían calcinado todo. Ciertas cosas que Annie sabía sobre su madre, cosas que desearía no saber. Una de ellas era que Nora Gaines sabía guardar rencor. Tenía una lista de las heridas que había sufrido a lo largo de toda su vida. Y de quién las había causado. Nunca olvidaba nada, jamás perdonaba. El pasado era como artillería pesada, guardada en una caja, esperando. Y era rápida para cargar y disparar. Annie sabía el nombre de cada persona que había lastimado a su madre y cómo lo había hecho. Nora Gaines se aseguró de ello.

A veces, la culpa de las transgresiones del pasado se derramaba sobre la cabeza de Annie y empezaban las letanías.

«Eres igual que tu padre. Nunca tuvo suficiente sentido común como para pensar en el futuro... Eres igualita a tu padre, te la pasas soñando todo el tiempo. Eres como él...».

O peor.

«Eres igual a tu abuelita Leota; siempre pensando en ti misma. Nunca te importan los sentimientos de los demás... Mi madre nunca tuvo tiempo para mí. Mira cuánto tiempo te he dedicado a ti. Nunca fui amada como tú... Mi madre nunca me regaló nada. Tuve que irme sola a los dieciocho años y hacer mi propio camino... Siempre quise asegurarme de que tuvieras las mejores oportunidades. Me aseguré de que tuvieras todo lo que nunca tuve».

Annie no recordaba que su madre hubiera dicho al menos una vez algo bueno sobre su propia madre, Leota Reinhardt. Y eso le generaba dudas. ¿Era la abuelita Leota la culpable de que su madre fuera así?

No había manera de evaluar causa y efecto porque Annie solo conocía la versión de su madre. Nunca había escuchado que la abuelita Leota hablara mucho sobre nada. De hecho, Annie rara vez *veía* a la abuelita Leota. Aunque su abuelita vivía en las colinas de Oakland, Annie podía contar con las dos manos las veces que la habían llevado a visitarla. Y, tan pronto como llegaba con su familia, les ordenaban a Annie y a Michael que salieran a jugar al patio para que los adultos pudieran hablar.

Frunció el ceño. Nunca había sido su abuelita quien los mandaba afuera.

A su madre siempre le dolía la cabeza al rato de llegar a la casa de la abuelita Leota, por lo que nunca se quedaban más de una o dos horas. De regreso a casa, mamá, furiosa, hacía una lista de los defectos de la abuelita.

Una vez, cuando sus padres aún estaban casados, Annie escuchó a su padre decir que Leota le agradaba. Fue una sola vez. Lanzó las palabras como un desafío. A ello le sobrevino una batalla feroz, larga y escandalosa, con portazos y vidrios rotos. El recuerdo de esa noche había quedado grabado de manera permanente en el cerebro de Annie. Un recuerdo de acusaciones mutuas y atroces. Seis meses después, los padres de Annie solicitaron el divorcio. A sus tiernos ocho años, Annie supo que no le convenía mencionar a la abuelita Leota ni hacer preguntas sobre ella.

Acostada en su cama, Annie miraba hacia arriba a través del dosel tejido a croché que había sido un obsequio de su décimo cuarto cumpleaños. Su madre había organizado una fiesta llena de amigos de la escuela, del ballet y de la gimnasia. Ese día, la casa se llenó de gente. Su madre se aseguró de que abriera el regalo de ella al final, luego de lo cual procedió a decirle a todo el mundo cómo había visto el dosel en una revista de diseño de interiores y llamó a la editorial, quienes la pusieron en contacto con la empresa.

—Lo hice traer desde Bélgica.

Todos exclamaron «oohh» y «aahh» al verla. Una amiga le susurró al oído: «Ojalá mi madre me comprara algo así».

Annie recordó que había deseado poder devolver el dosel a su caja envuelta profesionalmente, con sus enormes moños de seda y sus flores y regalárselo a la niña, junto con sus mejores deseos. Tenía ganas de gritar:

«¡Yo no pedí esto! Lo usará en mi contra. La próxima vez que me atreva a contradecirla, dirá: “¿Cómo puedes ser tan desagradecida? Yo te compré ese hermoso dosel. Tuve que hacer una llamada de larga distancia a esa revista y esperar una eternidad, solo para averiguar de dónde provenía. Y luego tuve que escribir a la empresa en Bélgica. ¿Tienes alguna idea de cuánto cuesta ese dosel? De niña, habría dado cualquier cosa por tener algo tan precioso en mi monótono cuarto. Y ahora, tú no quieres hacer ni lo más sencillo que te pido”».

Algo se movió dentro de Annie, una sutil tibieza, el más simple destello de luz. Apenas una chispa, pero fue como si un fósforo iluminara una habitación a oscuras. Pudo ver con claridad, y un escalofrío la recorrió.

Ay, Dios... ay, Dios. Estoy acostada aquí en mi cama, igual que mamá está tendida en su reposera, allá abajo. Me entrego a mis quejas de la misma forma que ella alimenta las suyas. Desprecio lo que hace, y yo me estoy volviendo como ella.

Annie se incorporó, su corazón latía con fuerza. *No puedo quedarme aquí. No puedo seguir así. Si lo hago, terminaré odiando a mi madre como ella odia a la suya. Señor, no puedo vivir de esa manera.*

Se deslizó fuera de la cama y fue a su guardarropa. Abrió las puertas corredizas con espejos, se estiró hasta el estante alto y bajó su maleta. Abrió los cajones de su cómoda, sacó solamente lo que necesitaba y lo empacó apresuradamente. Tenía lo suficiente para arreglárselas hasta que estuviera instalada con Susan. Tomó su Biblia de la mesita de noche y la puso encima de su ropa. Cerró la maleta con llave.

¿Debía hablar con su madre? No, no se atrevía a correr ese riesgo. Sabía la escena que provocaría si la confrontaba. Se sentó en su escritorio, abrió un cajón lateral y sacó la caja con los bonitos papeles para correspondencia. Se quedó sentada un largo rato, pensando. Dijera lo que dijera, no cambiaría la mentalidad de su madre. Secándose los ojos y restregándose la nariz, Annie apretó fuertemente los labios. *Señor... Señor...* No sabía qué decir en su oración. No sabía si estaba haciendo bien o mal.

Honra.

¿Qué significaba eso, al fin y al cabo?

Mamá, escribió: *estoy agradecida por todo lo que has hecho por mí.* Se quedó en silencio un rato largo, tratando de pensar qué más decir para que el golpe no fuera tan duro para su madre. No se le ocurrió nada.

Nada serviría. Lo único que podía imaginar era la ira. *Te amo*, escribió finalmente y la firmó: *Annie*.

Dejó la nota en medio de su cama.



Nora escuchó una vez el crujido de la escalera y supo que Annie estaba bajando. *Eso es bueno. Ha tenido tiempo para pensar las cosas.* Nora se relajó en la reposera, presionó la compresa tibia sobre sus ojos y esperó que su hija viniera a pedirle perdón.

La puerta delantera se abrió y se cerró.

Sorprendida e irritada, Nora se incorporó.

—¿Annie?

Enfadada, arrojó la compresa al piso y se levantó. Fue a la sala de estar y la llamó otra vez. Probablemente, Annie había salido a caminar, enfurruñada. Ya volvería, con un humor un poco más maleable. Siempre lo hacía. Pero le fastidiaba que la hiciera esperar. La paciencia no era una de las virtudes de Nora. Le gustaba resolver las cosas lo más rápido posible y no le gustaba preocuparse y andar preguntándose que estaría pensando y haciendo Annie. Quería saber dónde estaba y qué le estaba pasando por la mente.

¿Por qué está siendo tan difícil? ¡Solo estoy haciendo lo mejor para ella!

Al entrar a la sala, vio a Annie a través de las cortinas de satín del ventanal. Su hija estaba metiendo una maleta en el baúl del carro nuevo que su padre le había obsequiado por su graduación. Estupefacta, Nora se quedó mirando a Annie, quien cerró de golpe el baúl, caminó hasta la puerta del conductor, la abrió y se metió en el carro.

¿Adónde cree que va? Nunca debe salir sin pedir permiso.

Mientras Annie se alejaba por la calle, dos emociones atacaron a Nora al mismo tiempo: una furia candente y un pánico helado. Corrió a la puerta, la abrió de par en par y salió a toda prisa.

—¿Annie!

Nora Gaines se quedó parada sobre el césped impecable del frente de su casa, contemplando las luces traseras del carro de su hija, que destellaron una vez cuando se detuvo fugazmente en la esquina para luego girar a la derecha y perderse de vista.